

# Naturaleza y fotografía: pensar el paisaje

*Decía Susan Sontag, en su celebrado libro Sobre la fotografía, que «En la medida en que la fotografía versa (o debería versar) sobre el mundo, el fotógrafo cuenta poco, pero en la medida en que es el instrumento de una subjetividad intrépida y exploratoria, el fotógrafo es todo».*



*Panorámica de la sierra de la Partacua, el embalse de Lanuza y peña Foratata*

FOTO JAVIER MELERO SEBASTIÁN

No cabe duda de que nuestra concepción sobre el paisaje y el entorno ha variado sensiblemente a lo largo del tiempo. La fotografía –o cualquier otro sistema de registro, captura y presentación de imágenes– colabora en tales evoluciones, puesto que se constituye como un modo de reflexionar y apreciar el mundo que nos rodea. Dependiendo de nuestra actitud, entendemos el medio natural como barrera hostil, que oculta sus misteriosos sistemas causales; también puede ser un paraje romántico, como el paisaje de Rousseau y su manantial de belleza. Asimismo, cabe valorarlo como fuente de recursos culturales o físicos, como espacio marginal frente a las sociedades urbanas, como refugio o «puerto de reposo» (según formulaba Hobbes) o, en otro extremo, como valor opuesto dialécticamente al mundo del artificio. Pero la naturaleza es, además, un nuevo valor ideológico donde conviven las nociones de ecología y turismo, en una actitud muy propia de nuestra era postindustrial.

El conjunto de fotografías reunidas en el volumen *El Alto Aragón desde la atalaya* no solo pretenden mostrar el paisaje altoaragonés en toda su belleza, sino incidir en la importancia que tiene como recurso para un territorio y como valor en sí mismo. Para acceder a estos lugares debemos, necesariamente, realizar un desplazamiento y, no lo olvidemos, el sentido simbólico del camino o trayecto, incluso de la transición hacia otra realidad, se entiende como una de las búsquedas fundamentales que realiza el ser humano. Las zonas de viaje acentúan, necesariamente, nuestro talento exploratorio hacia lo total o parcialmente desconocido donde las esferas limitadas se quiebran. Podemos transportarnos, podemos vagabundear sin horizonte o establecer puntos de arraigo (como los de partida, llegada y regreso). Transformamos así los espacios sin nombre en ubicaciones, en sitios específicos, en puntos concretos de nuestra geografía personal.

*En Perarrúa, el castillo del Mon domina el valle del Ésera*

FOTO JAVIER ROMEO



*El castillo de Troncedo ejerce de atalaya inmejorable sobre La Fueva*

FOTO JAVIER ROMEO

*Refugio de Respomuso sobre el ibón embalsado de Respomuso. Circo de Piedrafita, cabecera del río Aguas Limpias*

FOTO JAVIER MELERO SEBASTIÁN

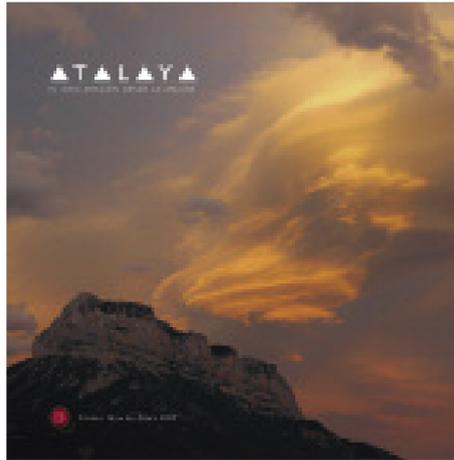
Reflexionemos, por tanto, sobre el poder de los paisajes, de su identidad. Tratemos de recordar que no son neutros para quienes los habitamos o recorremos, puesto que existen en la medida en que el individuo los comprende y les aporta sentido: asistimos así a una apropiación estética del los lugares a través de una tecnología concreta, la fotografía, que aporta nuevos horizontes a nuestra interpretación.



*Un promontorio en el barranco de San Juan hace del camino el mirador sobre Montañana*

FOTO JAVIER MELERO





#### LECTURA RECOMENDADA

### El Alto Aragón desde la atalaya

Uno de los acercamientos más singulares al paisaje, a sus valores, a las emociones que comunica y a las posibilidades que ofrece para la fotografía dio lugar al libro *El Alto Aragón desde la atalaya*, obra ganadora del premio Félix de Azara 2009, de la Diputación Provincial de Huesca, en su modalidad de edición.

Se trata de una cuidada selección de imágenes de la naturaleza y los pueblos de Huesca, coordinada por la editorial Prames, en la que han participado más de veinte autores; una colección de 130 instantáneas con el nexo común de estar tomadas desde atalayas, naturales o artificiales; es decir, desde lugares elevados que permiten contemplar extensos panoramas.

Los paisajes oscenses, desde las cumbres montañosas al llano, están representados así en toda su riqueza y variedad, a la vez que se da cabida a plasmar la influencia de la luz, el clima o las estaciones; a reflejar los distintos intereses y sensibilidades de los fotógrafos; y a jugar con distintas posibilidades tecnológicas. En suma, a reflejar las mil caras de un espacio vivo.

La variedad de matices de esta propuesta está reforzada por una cuidada edición, que utiliza como hilo conductor los cuatro elementos clásicos de la naturaleza (aire, fuego, tierra y agua). Estos cuatro conceptos, tan ricos en sugerencias, sirven para ordenar las imágenes en cuatro grandes bloques.

El excelente diseño y los textos que acompañan a las fotos, breves pero muy inspiradores, se alían para convertir la lectura de este libro en una experiencia que, sin duda, es una de las mejores contribuciones a los fines de los Premios Félix de Azara: conocer y divulgar la riqueza natural del territorio oscense.

*Desde la localidad de Villanúa, una de las vistas características corresponde a los montes de Collarada y Collaradeta. La luz solar compite con la silueta de la luna*

FOTO JAVIER MELERO SEBASTIÁN

